

"Tenemos que Replantearlo Todo"

Por MAURICIO CARVALLO AVARIA

EN la gran reflexión sobre el socialismo, Carlos Altamirano Orrego (71, abogado, casado con la diseñadora Paulina Viollier, cuatro hijos) tiene mucho que decir. Y, otra vez, algo controvertido.

Ha cambiado profundamente el ex diputado y senador, quien fue secretario general del PS en 1973 y acusado de que con sus discursos encendidos apuró el golpe militar. La traumática experiencia de vivir el comienzo de su exilio en Berlín, en la República Democrática Alemana, lo vivió. Hasta entonces defendía el llamado socialismo real sin haber estado en la URSS ni en Europa Oriental. Al comprobar esa realidad en carne propia, aceptó la invitación del Presidente Mitterrand para refugiarse en París.

Esas dos verdades provocaron que en 1979, 10 años antes de la caída del Muro de Berlín, Altamirano ya planteara la punta del ovillo de sus ideas renovadas. Ellas tuvieron seguidores (los Arrate, los Núñez) y el PS se dividió durante una década. Una de las tendencias, la almeydista, asumió más lentamente que el socialismo real estaba colapsando.

De aquello el PS aún no se repone. Y busca caminos de salida.

Hace cuatro años (en septiembre de 1991) Carlos Altamirano volvió a Chile. No para regresar a la política activa, sino para repensar esa parte del socialismo que ya se había ido, pero que había que darle muerte y nacimiento a la vez. Sus ideas se discutirán en la conferencia de programas fijada para el segundo semestre de este año en que el PS debatirá su futuro.

Costó convencerlo de que adelantara su pensamiento. Ya muchas veces Carlos Altamirano había rechazado aparecer en medios de comunicación incluso dirigidos por periodistas amigos, y "El Mercurio" provocaba en él viejos recelos. Pero una vez aceptadas sus condiciones (revisión del texto de sus respuestas), aceptó la entrevista tal vez obedeciendo el viejo principio de que las ideas deben ser conocidas para germinar. Y, como se comprobará, sus planteamientos son revolucionarios, pero en el sentido inverso que hace 25 años.

En su blanca y luminosa casa de Lo Cañas, donde a través de caminos polvorientos es difícil llegar sin su minuciosa descripción, reapareció este hombre flaco y de bigote ahora cano, otrora odiado y polémico y que se marginó de la actualidad. Aunque imposible que lo sea, de la historia.

"Realidad de la vida"

—¿Cómo se ha sentido, en lo humano, en estos cuatro años en Chile?

—Muy bien. No he tenido ningún conflicto personal. No he sido agredido verbalmente, ni menos físicamente.

● Después de larga reflexión y silencio, el ex secretario general del PS adelanta lo que propondrá en la conferencia de programas del partido. Revela que es partidario de "una fusión estratégica del PS, el PPD y la DC. El PPD aportará su 'élan' liberal; los socialistas, sus nobles ideas de justicia social, igualdad y solidaridad, y el mundo cristiano, a través de la DC, aportará su preocupación ética y moral".

—¿Sale con frecuencia como para asegurarlo plenamente?

—Salgo, por cierto. Aunque hago una vida relativamente retirada. No me interesa estar donde está la gente, como se decía en mi tiempo, no sé cómo se dirá ahora...

—Se dice igual. Pero me llamó la atención que, espontáneamente, declara que no ha sido agredido. ¿Temía serlo?

—No temía, en realidad. Cuando era perseguido durante los cuatro primeros años de la dictadura (cuando se asesinaba a la gente que estaba próxima a mí y era público y notorio que se quería hacerlo conmigo), no tenía mayores paranoias. Menos a mi vuelta a Chile, 18 años después. Pero no era absolutamente improbable que alguien intentara algún tipo de agresión.

—Sin embargo, la agresión también podría haber provenido de algún cercano suyo de esos tiempos, debido a que sus discursos alentaron el golpe militar. Muchos lo culpan de eso.

—Es posible que más de alguien lo piense así. Tanto por mi derecha como por mi izquierda puede haber personas descontentas con mi actuación pasada. Todo dirigente político corre ese riesgo. En este minuto mismo, veo dirigentes de la derecha criticar a otros dirigentes derechistas. Y eso también pasa en la izquierda.



Estudiando una de sus respuestas. "Lo que se dijo como chiste en una época hoy pasa a tener cierta verosimilitud lo único peor que la explotación imperialista es no ser explotado... por el imperialismo".

No hay duda de que los comunistas son muy críticos con dirigentes socialistas y éstos, a su vez, están bajo los fuegos de la derecha. Esta es una historia muy antigua en el mundo político, y no es algo que me haya ocurrido sólo a mí. Quizás conmigo estén más exacerbados los ánimos, pero el fenómeno es el mismo.

—¿Estima eso justo o injusto?

—Es una realidad de la vida. En un proceso tan dramático, tan fuerte como el que vivió Chile, es lógico que las vivencias que quedaron en la memoria colectiva sean más durables. A veces me hago la pregunta: ¿alguien,

en mi época, por ejemplo 1970, se preocupaba de quién había sido hasta 20 años Presidente de Chile? Nadie. Por lo mismo, no deja de ser un tanto sorprendente para mí, que no he sido presidente de nada, que aún haya una cierta preocupación y curiosidad en torno a mi persona cuando circulo por las calles.

—¿Qué capta de las miradas de la gente?

—Hay caras que revelan molestia, desagrado, pero también hay muchas que revelan simpatía. Cuando se mira un personaje famoso o importante, normalmente no se lo hace

con simpatía ni con odio, simplemente se lo mira por curiosidad.

—Es el reflejo que queda de la importancia política que tuvo...

—Así debe ser, pero, perdóneme, mi persona no es un tema atractivo. Prefiero que conversemos del nuevo mundo en que estamos, de los grandes temas de la actualidad y adónde apuntan mis reflexiones e ideas de hoy.

El nuevo mundo

—Empecemos, entonces: a su edad y experiencia histórica, ¿cuáles

son sus esperanzas futuras? ¿En qué está usted?

—Fundamentalmente, estoy en una tarea muy compleja: tratando de explicarme el nuevo mundo que se anuncia, porque, para mí, el viejo mundo ha cambiado veloz y totalmente. Hay un giro copernicano en la historia, lo que yo llamo un cambio "epocal". El mundo se ha tornado terriblemente imprevisible e inestable, de allí que es casi imposible pronosticar situaciones futuras de cualquier orden. Por lo mismo nadie imaginó, por ejemplo, la caída del Muro de Berlín. En mi opinión, atravesamos por una crisis orgánica de las grandes sociedades modernas occidentales. Si bien no es el "fin de las ideologías", si están todas en recomposición y reelaboración. Pensadores de derecha, como Dunker, hablaban del fin del "poscapitalismo". Ya no es la izquierda la profeta del fin del capitalismo. En mi opinión, se pasa del capitalismo industrial, de tipo nacional, a uno informatizado, de tipo mundial.

—Más que en una "crisis moral", nos encontramos transitando en otro mundo donde la vieja moral burguesa y católica, fundada en la familia tradicional, casi ya no tiene cabida. La gran construcción de los cinco siglos de era moderna es el Estado-nación, pero éste está siendo superado por la aparición de gérmenes de la sociedad planetaria. Conceptos y paradigmas esenciales están experimentando cambios radicales.

—¿Prepara estas reflexiones para el Partido Socialista?

—Sí, el socialismo también tiene que cambiar porque no puede permanecer como una isla en esta gigantesca mutación civilizacional.

—Usted también ha cambiado, por lo tanto...

—Claro que he cambiado, y mucho. Sólo que me resisto a esta pregunta cuando su sentido es hacernos aparecer como que he sido el único. Dicho claramente, no quiero que se me haga aparecer como el hombre que viniendo de la extrema izquierda se ha pasado a la extrema derecha. No considero poseer ninguno de los valores y conceptos propios de un hombre de derecha. Si creo que estamos evolucionando hacia otro mundo y debemos, en consecuencia, repensar todas nuestras elaboraciones y categorías. En ese contexto de cambio universal mi cambio tiene una explicación lógica. Hoy no podría llamar a una lucha anticolonialista porque, sencillamente, ya no hay colonias; no podría convocar a la defensa de la "ciudad sitiada", que era la URSS, si ésta tampoco existe.

—Sin embargo, el colapso del socialismo real ha producido en las sociedades capitalistas aparentemente triunfantes una extraña e inquietante sensación de vacío y de fracaso. Un vacío moral, político y, diría, existencial que domina fundamentalmente en Europa. Ello me lleva a

"Tenemos que Replantearlo Todo"

(Viene de la página D 3)



Con sus perros "Charly", labrador francés, y "Herzog", alemán. Temibles guardianes de su casa de 170 metros cuadrados construidos, rodeada de un gran parque, en Lo Cañas.

● Afirma: "Claro que he cambiado, y mucho. Sólo que me resisto a esta pregunta si su sentido es hacerme aparecer como que he sido el único. Dicho claramente, no quiero que se me haga aparecer como el hombre que viniendo de la extrema izquierda se ha pasado a la extrema derecha".



Hace 24 años, en uno de sus muchos discursos que encendieron la pradera. "Tanto por mi derecha como por mi izquierda puede haber personas descontentas con mi actuación pasada. Todo dirigente político corre ese riesgo..."

aplicar viejos parámetros para determinar las posiciones del presente.

—Yo pienso que es necesario crear una nueva fuerza política, entre otras razones, para intentar superar esta especie de mediocridad y ambigüedad en que nos debatimos. Tenemos enclaves premodernos en nuestro sistema institucional, en nuestra vida política y en nuestro mundo conceptual que nos impiden impulsar el gran salto hacia adelante para que Chile deje de ser un simple exportador de materias primas y, en cambio, lo sea de valor agregado, esto es de conocimiento e inteligencia. Chile se encuentra en un momento espectacular para dar ese salto, pero igual podríamos no darlo. Como diría Popper, "la historia no está escrita" y dependerá de nosotros que seamos capaces de hacerlo.

—¿Por qué solamente una nueva fuerza en la Concertación podría dar ese salto?

—Los gérmenes de esa nueva fuerza se encuentran allí. Para mí, como le he dicho, la derecha chilena no es moderna, es incapaz de sacarlos del inmovilismo en que nos encontramos, y, por el contrario, contribuye a él. Tiene sólo propuestas en materia de privatizaciones, en una palabra, es monotemática. Ha asumido un neoliberalismo a ultranza. Usando una idea de Lenin, pienso que "el neoliberalismo es la enfermedad infantil del liberalismo", como el pensar que "el izquierdismo es la enfermedad infantil del comunismo". Por lo tanto, solamente una nueva fuerza política, social y cultural de centro y de izquierda puede posibilitar este gran salto que necesita y debe dar Chile.

Sacrificar los símbolos

—¿Qué propone, concretamente?

—El socialismo chileno debe realizar un gran esfuerzo de síntesis, articulando pasado y futuro. En mi opinión, debe asumir las tres grandes herencias culturales del mundo occidental: la cristiana, la liberal y la socialista, en su versión marxista y no marxista. Para los socialistas, dicho caricaturescamente, el liberalismo era la ideología de la burguesía. Yo también lo creía así y, en consecuencia, oponíamos una ideología "científica", la marxista, a esta ideología de "clase". Para nosotros, la religión era el "opio del pueblo". Estas ideas y muchas otras dominaban el pensamiento socialista. Ahora deberán ser revisadas radicalmente. Debemos asumir las grandes ideas filosóficas y políticas del liberalismo (aunque no

del neoliberalismo, su versión economicista y extremista) y considerar una forma de encuentro fundamental con el pensamiento socialcristiano.

—En definitiva, soy partidario de una fusión estratégica, por cierto futura, del PS, el PPD y la DC. El PPD aportará su "élan" liberal; los socialistas sus nobles ideas de justicia social, igualdad y solidaridad, y el mundo cristiano, a través de la DC, aportará su preocupación esen-

cial ética y moral. Son los componentes que deberá considerar una nueva elaboración de izquierda, o si se quiere, de centroizquierda, lo dejo en la ambigüedad, deliberadamente.

—¿Pero por qué una fusión? ¿Por qué ella sería mejor que los tres partidos sigieran operando separados en una sola Concertación?

—Toda fusión implica la creación de un nuevo todo, y ese todo vale más que sus partes. Un todo tiene

un alma y un espíritu diverso del de sus partes y es esa diversidad de los tres componentes la que yo deseo.

—¿Incluso hasta sacrificar el nombre del socialismo?

—Evidentemente, si se llegara a un acuerdo para crear esta nueva fuerza, ninguno de los tres partidos podría pretender que se mantuvieran sus respectivos nombres. Una vez completado el trabajo de su comisión de programas, el PS debería

invitar al PPD y a la DC a una conferencia similar para definir las reales áreas de diferencia o consenso. Por el momento, estamos operando con parámetros e ideas antiguas; tenemos que repensarlo todo.

Profunda reflexión de la DC

—¿Qué piensa de la sugerencia del senador Carlos Ominami de

reemplazar los símbolos de la bandera socialista y el puño en alto?

—Que es una sugerencia legítima. Ominami ha tenido una actitud muy valerosa y muy útil porque permite alineamientos dentro del partido. Uno de los grandes problemas que hay en Chile, no sólo en el PS, es eludir los planteamientos francos y honestos de las distintas posiciones. So pretexto de mantener un teórico consenso se está profundizando un conformismo estéril.

—Para mí, si el socialismo, en lo fundamental, mantiene su visión exclusivamente fijada en Marx y en el marxismo, no tendría ningún sentido que cambiara de nombre. Si la reflexión conduce a que éste no es el único fundamento, aunque puede ser muy importante, entonces, todos concluirán en que el nombre no sería lo decisivo porque lo que importa no es el continente, sino el contenido. Con qué colores y con qué símbolos vestiremos ese contenido es relativamente adjetivo.

—¿A pesar de los que murieron por el socialismo?

—Sí. Murieron por una gran causa, justa en su momento, pero hoy las circunstancias son otras, y si bien no cambiaremos el alma, debemos cambiar las políticas para lograr nuestros objetivos de justicia y progreso. Las grandes ideas socialistas fueron absolutamente justificadas, legítimas e hicieron una gigantesca contribución a la cultura mundial. Pero no me quedo, como la mujer de Lot, fijado en eso.

—¿Qué debería hacer mientras tanto la DC?

—Hacer también una profunda reflexión. El principal partido demócratacristiano del mundo se colapsó; su figura más importante está procesada y detenida. Pero a lo que nosotros respecta, la primera etapa es la renovación socialista, porque mal puede un PS que no lo esté contribuir a una renovación de otros. La Concertación contiene los gérmenes de esta trilogía de pensamiento que considero fundamental para la recreación de una fuerza política con capacidad de dirección.

—Por cierto, habrá que agregar a ello la nueva conciencia ecologista, aquella que expresó Max-Neef. Hay que incorporar una enorme cantidad de ideas que están en germen hoy día. No podemos aspirar a ser modernos si aquellos que lo son realmente nos están diciendo que la modernidad también tiene enormes vacíos, vicios y defectos. Debemos estudiar esa fecunda crítica a la modernidad hecha por la mayoría de los pensadores europeos y norteamericanos.

COMO LOS VE ALTAMIRANO:

Frei, Lagos, Pinochet y Aylwin

—¿Cuál debiera ser la actitud de la izquierda en los únicos casos que pueden ocurrir con Contreras: que se le confirme su sentencia, o que se le disminuya y no vaya a la cárcel?

—No he pensado en esa alternativa. Solamente me atrevería a decir con mi conocimiento de la política mundial, que para EE. UU., como para Europa, sería inaceptable que la justicia chilena no lo condenara. Sería algo equivalente a cuando la justicia panameña se negó a entregar a Noriega. En la conciencia mundial, en toda su prensa, aparecería como un enorme titular que en Chile se niega la justicia. Sería un desafío brutal a la conciencia y a la ética del mundo.

—¿Coincide con los socialistas que se oponen a la privatización de las empresas sanitarias, indispensable, según el Presidente Frei, para dotar de agua potable y alcantarillado a toda la población?

—No me interesa mayormente ese tema porque me parece que está ideologizado. Debe analizarse en cada caso concreto.

—¿No se opone, entonces, a ella?

—No por principio, sólo que se deberá demostrar que privatizando una empresa ésta cumplirá mejor su objetivo de bien público. Por principio, tampoco estoy en la tesis neoliberal de la minimización del Estado. Ni menos siendo chileno, porque la nación chilena, a diferencia de la alemana, judía o italiana, es una creación del Estado.

Fijación en el pasado

—Sin embargo, Ricardo Lagos, el líder del socialismo, es partida-

rio de la privatización de las empresas sanitarias, y, según se ha dicho, de los puertos, aeropuertos y ferrocarriles. ¿Eso podrá alejarlo del PS?

—No lo creo. En este minuto el PS no niega por principio toda privatización. Depende de las condiciones y es lo que dice Lagos.

—¿Ha hablado con él?

—Sí. Dice, por ejemplo, que la privatización de ferrocarriles topa más en las propias decisiones privadas que en las de Gobierno.

—Pero, en el fondo, las privatizaciones no le cuestan tanto a Lagos como le cuestan al PS.

—Es posible, pero ello también se debe a que frente a la extrema ideologización de un sector de la derecha, que quiere que se privatice todo, surge una contrapropuesta de negación más allá de lo que en términos generales la dirección del PS estaría dispuesta a aceptar. Son esos extremismos de la derecha la que me hace afirmar que está "demodé". El título que nos adjudicaban antes a nosotros lo han monopolizado ellos: ultristas y extremistas. Pero el sentido común le dice al chileno que con una correcta regulación el problema de privatización no es esencial.

—¿Por qué ha dicho que el general Pinochet ejerce una "influencia perversa" en la política chilena?

—Porque de la misma manera que esta derecha defiende incondicionalmente el régimen militar habrá una izquierda que, en vez de pensar en los grandes y reales problemas del mundo moderno, también se verá obligada a dar una batalla contra esos criterios. Así,

derecha e izquierda permanecemos fijados en lo que ocurrió hace 20 años. Y por eso Pinochet es la piedra de tope que inmoviliza a la derecha, el centro y la izquierda, con grave perjuicio para el país.

—Sin embargo, eso también ayuda a mantener la unidad de la Concertación.

—Sí, pero eso para mí es negativo porque quisiera que la Concertación fuera el resultado de una verdadera reflexión, de una real conciencia de su necesidad, y no sólo de que exista un "enemigo" común.

—¿Cómo ve a este Gobierno?

—Veo un país y un Gobierno con enorme potencialidad no sólo en lo económico, sino también en su plenitud como nación. Pero para eso es necesario crear lo que en lenguaje gramsciano se llama un "intelectual colectivo", una fuerza capaz de dar dirección y despertar esperanzas. Por el momento no existe esa fuerza, el país marcha bien, pero le falta un "élan". La Concertación tiene bastante cuerpo, pero carece de espíritu suficiente que lo dinamice y dirija.

La historia juntos

—Usted dijo alguna vez que a Ricardo Lagos le pesaba la gran responsabilidad de recrear una nueva fuerza moderna en Chile...

—Por cierto, es una de las figuras que sigue teniendo la mayor cuota de responsabilidad. Es quien, individualmente considerado, tiene la mayor influencia dentro de este mundo concertacionista. La responsabilidad de Lagos no es, por cierto,

solamente llegar a ser Presidente; es también crear esa fuerza capaz de dinamizar a Chile.

—¿Y lo está haciendo?

—Me imagino que sí. Pero, en todo caso, si no fuese así, no lo culpo a él, como tampoco a Frei, de que este país viva en una especie de limbo, en un conformismo inquietante. No responsabilizo a nadie en particular. Responsabilizo en general a los chilenos que estamos aceptando que en este momento tan expectante y tan alentador no exista una respuesta anímica, espiritual, a la altura del mismo. Este momento no podrá perdurar por simple inercia. Mientras Chile tenga este cinco a seis por ciento de crecimiento, todo el "conformismo" que existe podrá continuar, pero el día, que Dios no quiera, caiga al dos por ciento, otro gallo nos cantaría.

—Usted parece sentirse mejor interpretado por Patricio Aylwin que por muchos dirigentes socialistas. ¿Qué opina de ese gobierno?

—Creo que Aylwin hizo un estupendo gobierno dadas las circunstancias. Y ha mantenido un tipo de discurso que me hace sentirme muy interpretado por él. Sobre el consumismo, el capitalismo cruel, etc. Por cierto, hubo grandes discrepancias entre nosotros cuando él era presidente de la DC y yo del PS, en los años 70. Pero el mundo cambió. En esta reconstrucción de una nueva gran fuerza política yo no tendría por qué estar en otro partido que él, como no veo por qué Aylwin debería estar en otro partido que el que yo concibo. Igual vale la reflexión para Frei. La historia está abierta, hagámosla juntos.

pensar que las dramáticas y violentas luchas entre capitalismo y socialismo, entre colonialistas y anticolonialistas, entre derechas e izquierdas, entre buenos y malos marcó y colmó gran parte del siglo XX, el que, a mi juicio, concluyó con la caída del Muro de Berlín. Finalizadas esas históricas luchas, el mundo ha terminado exhausto. Y de allí estas sensaciones de desencanto, de frustración, de crisis moral.

El rey desnudo

—¿Pero a qué se debería ese desencanto? ¿A la falta que harían el comunismo, el socialismo, cree usted?

—No tengo una explicación clara. Constató una realidad. Distintos pensadores del mundo católico también sostienen que nos encontramos en una nueva sociedad: nihilista, relativista, consumista. Hay coincidencias, en uno y otro lado, en que atravesamos una profunda crisis de valores, en que se han perdido los referentes, en que no hay identidades ni certezas sólidas.

—¿Pero, por qué? Quizás sea porque la izquierda, en sus versiones socialista y comunista, le daba un sentido de vida y de lucha a quienes se oponían a ella. El comunismo era el enemigo a quien perseguir y reprimir. Desaparecido ese enemigo, el rey ha quedado desnudo. Entonces, se sale a buscar e inventar nuevas razones de vida. Está claro que no bastan los éxitos económicos ni el bienestar material que ofrece el mundo conservador. Y como tampoco hay una respuesta de izquierda, se produce esa dolorosa sensación de desencanto y frustración colectiva.

—Según usted, ¿qué viene después?

—Para mí, hay dos procesos fundamentales que están cruzando el mundo y que continuarán siendo los procesos más decisivos del siglo XXI: el que conduce de la modernidad a la posmodernidad a los países más desarrollados y el que lleva de la premodernidad a la modernidad al resto del mundo. Ambos procesos están interconectados y sobrepuestos. Evidentemente, también estamos, aquí en Chile, golpeados por muchos de los valores y concepciones posmodernos. Pero, fundamentalmente, nuestra realidad es aspirar a ser modernos.

—La llegada a la modernidad capitalista occidental de los cuatro mil millones de seres humanos que aún no lo han logrado creará problemas muy similares a los que produjo ese proceso de modernización en la Europa de los siglos XVII, XVIII y XIX. Es decir, emigraciones masivas del campo a la ciudad, extinción de sectores sociales internos, como el agrícola, aparición de nuevas clases en pugna, de nuevos hábitos y costumbres. Todo eso está siendo vivido por nuestros países.

—Lo contradictorio de la época presente está en que si bien para nosotros la gran utopía es alcanzar la

● “Una vez completado el trabajo de su comisión de programas, el PS debiera invitar al PPD y a la DC a una conferencia similar para definir las reales áreas de diferencia o consenso. Por el momento estamos operando con parámetros e ideas antiguas”.

modernidad, para quienes la lograron en Europa y en Norteamérica es motivo de desencanto y de crítica.

—¿Qué entiende usted por modernidad?

—Es una pregunta muy importante porque desde que retorné no ha dejado de extrañarme la excesiva obsesión de la élite chilena por la modernidad y ser moderno. De acuerdo a los parámetros de cualquier país moderno, Chile, indudablemente, no es moderno: no tiene un sistema consolidado democrático, carece de capacidad de producción industrial, no produce ni ciencia ni tecnología propia, su sociedad no está realmente secularizada. Por eso estoy en absoluto desacuerdo cuando algunos reducen el denso tema de la modernidad a problemas menores, como los de la privatización, el de los equilibrios macroeconómicos, o el de más o menos proteccionismo. Esa es una reducción inaceptable. Hace sólo 10 años Europa vivía en el proteccionismo y en el intervencionismo y nadie pensó por eso que no fueran grandes sociedades modernas.

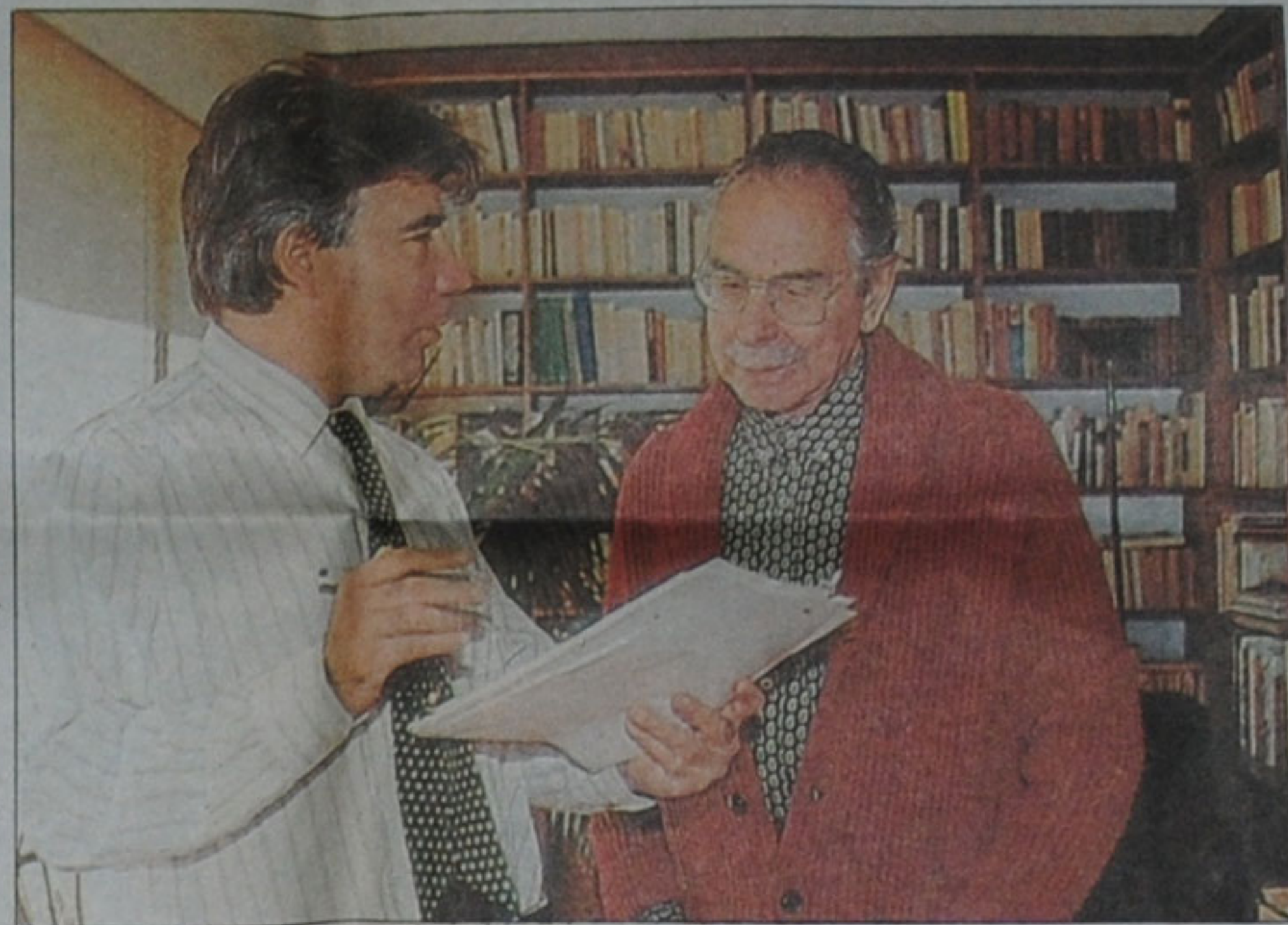
La “explotación” imperialista

—Y usted mismo, hace 20 años, acusaba al “imperialismo norteamericano”, mientras que ahora que el PS, como parte de la Concertación, busca asociarse en el NAFTA con su antiguo enemigo, Estados Unidos...

—Creo justa y oportuna su observación. Hoy en Chile, no puede levantarse como bandera principal la antiimperialista. No porque hayamos cambiado de apreciación frente a ese fenómeno, sino, simplemente, porque el imperialismo, tal cual fue definido, hoy no existe. El nuevo sistema capitalista —de servicios, mundializado, e informatizado— ya no tiene mayor interés en explotar a nuestros países. Debemos elegir entre ser “explotados” con capitales y tecnología avanzada o no ser “explotados” y quedarnos sin eso.



Recuerdos de París. Allí se refugió tras cinco años en Berlín y comprobó que el sistema de la RDA no tenía ninguna viabilidad. Lo hizo 10 años antes de que cayera el Muro. Ahora, después de otros cinco años en Chile, propone cambiar profundamente el PS.



Con “El Mercurio”. Explica que “voy más lejos que otros compañeros: no soy partidario de hablar de ‘polos progresistas’ dentro de la Concertación. Aún no estamos en condiciones de precisar cuáles son los valores y propuestas que corresponden”.

—¿Con cuál se queda usted?

—En el día de ayer fue perfectamente correcta nuestra posición de tratar de recuperar nuestra riqueza fundamental y evitar la explotación de que éramos objeto. Pero hoy las condiciones son otras.

—¿Pero no será que lo que entendía hace 25 años como imperialismo nunca existió, es decir, que era básicamente el mismo que el que ahora describe?

—No, porque en ese entonces le interesaba exclusivamente extraer nuestra materia prima, llevársela y dejarnos igual en el subdesarrollo. Eso ha cambiado y el imperialismo también. En este sentido, un famoso economista de la escuela de Chicago declaró que si un país subdesarrolla-

do —mencionó a Bolivia— desapareciera del mapa y la CNN no lo informara, nadie lo sabría. Es decir, nuestros países ya no inciden en la política del primer mundo. Ya no importamos. El tercer mundo ha perdido su relativo protagonismo. Durante el período bipolar jugaba un gran rol y hoy día es sólo secundario.

—Lo que se dijo como chiste en una época hoy pasa a tener cierta verosimilitud: lo único peor que la explotación imperialista es no ser explotado... por el imperialismo. En buenas cuentas, si no hay una “explotación imperialista”, nos sucedería lo que le ocurre al África; quedaríamos al margen de la historia y de la economía mundial.

—¿Por eso aprueba que el PS pa-

trocline el ingreso al NAFTA?

—Sí..., y volvemos a mi tema recurrente: el mundo cambió. EE. UU. también ha ido cambiando. Hoy exige a las derechas que respeten los derechos humanos, que se condene a los Contreras, que cumplamos con normas sociales, que produzcamos con respeto de la ecología. Y las burguesías locales, las élites dirigentes de cada uno de nuestros países están entrando en fuerte pugna con los grupos dominantes norteamericanos, que no están dispuestos a seguir compitiendo con países que pagan 50 centavos de dólar la hora cuando ellos pagan ocho dólares.

—Entonces, he cambiado porque el mundo cambió, porque EE. UU. cambió. Clinton propuso, como can-

didato a la presidencia, varios temas que ni la extrema izquierda plantearía en Chile: crear un gran servicio nacional de salud, la legalización de la homosexualidad en las fuerzas armadas, la autorización del aborto, una reducción radical en los gastos de defensa. Para un hombre de derecha chileno, muy poco de las ideas de Clinton sería aceptable.

Una nueva fuerza política

—¿Qué le propone al PS?

—En primer lugar, que reflexionemos profundamente sobre este cambio “epocal”. Si se llegara a la conclusión de que no hay tal cambio, entonces es legítimo recuperar o reivindicar gran parte de nuestras antiguas banderas. Pero si concluimos que sí lo hay, se habría avanzado mucho, en mi opinión. No debemos pelear con molinos de viento.

—¿Cómo ve la situación actual?

—Los 18 años de dictadura dejaron en Chile un dramático legado de frustraciones, de oscurantismo cultural, de retraso en todas las organizaciones políticas. Todavía existe una derecha fijada en el pasado, militarista y autoritaria, debido a lo cual se demuestra incapaz de disputar las mayorías del país en forma democrática. No ha hecho un proceso de renovación y cambio como ocurre en Europa. Hay una profunda diferencia entre la derecha europea y la chilena. La mayoría de esta derecha no aceptaría, por ejemplo, el discurso de un Chirac, nuevo Presidente de Francia.

—Este retraso en las organizaciones e ideas políticas también lo exhibe la izquierda. Los comunistas aún no logran superar el trauma de la caída del Muro. Los socialistas no han conseguido culminar su proceso de renovación. Principalmente enfundados en una especie de pragmatismo táctico y no en una reflexión acabada, hemos accedido a integrar una alianza política con la DC y hemos aceptado que Chile se incorpore al NAFTA. Si bien hemos hecho avances importantes en la reflexión de la comisión de programas, debemos profundizar mucho más en la razón de estos y mil otros cambios.

—¿Y después qué hacer? ¿El PS debe mantenerse para siempre en la Concertación, o en algún momento tiene que volar con alas propias?

—Para mí, la Concertación tiene el carácter de una alianza estratégica de largo aliento. Por eso voy más lejos que otros amigos y compañeros: no soy partidario de hablar de “polos progresistas” dentro de ella. Aún no estamos en condiciones, dado el estado de reflexión en que nos encontramos, de precisar cuáles son los valores y propuestas que corresponden a un “polo progresista” y en función de los cuales cataloguemos de progresistas o no a otros. Partir a priori de que PPD y PS somos los progresistas y que la DC no lo es, es estar fijados en el pasado. No podemos